

de Jesucristo. Segun su gusto, César, Marco Aurelio, Tito, Augusto, Scipion, Paulo, Emilio, Cincinato, Milciades, Temístocles, Leonidas, Arístides, debian ser mejores modelos que ofrecer á la juventud, que Pedro, Pablo, Juan, Lorenzo, Cipriano, y otros santos.

Para sus hijas desdeñan tambien los dulces nombres de María; es suave vocativo que se oye tan frecuentemente en los cánticos de los ángeles, los tienen en menos valor estos malos cristianos, *no los encuentran buenos mas que para las criadas de servicio, y los pastores de ganados.*

¿Y qué nombres prefieren estos soberbios espíritus, á aquel de la reina de los ángeles? Los de las mugeres célebres de Roma, de Esparta, ó de Atenas; Lucrecia, Livia, Efesia, Fulvia, Aspasia. Todas estas celebridades tomadas á la historia griega y romana, y muchas veces al Olimpo de Homero y de Virgilio, se encuentran así como resucitadas en medio de una sociedad cristiana, y siembran insensiblemente en nuestras familias y en nuestras costumbres los recuerdos del paganismo, que por cierto, nada tienen de edificante. Para llegar á esta impiedad, habia sido preciso pasar por los mayores despropósitos. ¡Figuraos una señorita llevando el nombre de *Flora*, ó de *Hebé*, de *Citeres*, ó *Aurora* (1).

Los sacerdotes de esta época filosófica, sin duda no podian consentir que se nombrasen así los niños que se le presentaban al bautismo; pero los espíritus fuertes y escépticos de estos dias de locura, sin detenerse en nada, desdeñando el nombre de santo que el cura habia pronunciado al administrar el sacramento, no tenían cuenta con él, y no llamaban á sus hijos é hijas sino con los nombres paganos que habian escogido en su manía por la antigüedad idólatra.

¡Bien habrían encontrado en los anales de la primitiva Iglesia, en el martirologio, y en las páginas de la Biblia, vocativos tan dulces, como adornados de poéticos recuerdos! Pero su admiracion se desviaba de los libros santos, y miraban con lástima á Moisés, á los profetas, y el Evangelio.

Hemos visto venir, junto con los nombres de los dioses, semi-dioses y divinidades del monte Ida, los de los héroes de la Iliada y de la Eneida. A nuestra entrada en el gran mundo, hemos conocido los Aquiles y Hector, los Ajax y Ulises, los Enriales y Nisus, que no tenían de heróicos mas que los nombres.

Esta sucesion de nombres ridículos en una sociedad cristiana, la debemos á las inspiraciones del genio del mal: ¡el escándalo es la alegría del infierno! En nuestra historia, sobre todo, desde hace un siglo, la cadena de escándalos es larga, y todavía no estamos á su fin. La Francia

(1) *Yo he conocido dos niñas, condenadas á responder por este nombre.*

debía ser castigada, y lo ha sido cruelmente. Despues de los dias de cambios y reformas, se alzaron los dias de delirio y de terror. Los cuatro vientos del cielo soplaron, y levantaron contra nosotros las venganzas del Señor. Despues, la impiedad redobla sus blasfemias contra Dios: en seguida, los tronos y los altares, los palacios y los templos, los castillos y las chozas, se conmovieron y se desplomaron: mas luego, la sangre de los reyes, de las reinas, de los príncipes y princesas, de los grandes y de los plebeyos, del artesano y el paisano, del simple sacerdote, del obispo, del arzobispo, ¡corrió á grandes rios, de que la Francia se inundó toda entera!

¡Bajo el peso de esta venganza celeste, el delirio de nuestros contemporáneos, antecesores de la generacion presente, fué tal, que los franceses no tuvieron embarazo en dar á sus hijos los nombres de *Danton*, de *Saint-Just*, *Fouquier Tainville*, de *Robespierre*, y de *Marat*!

¡En esta época repugnante de crueldad y de infamia, se ha visto á los hijos é hijas de los guillotinos á nombre de la nacion, llamar sus hijos con los nombres de los verdugos de sus padres y sus madres. . . .! ¡Oh! Apresurémonos á decirlo, las iglesias fueron cerradas, las fuentes bautismales derribadas, destrozadas, como todos nuestros sagrados tabernáculos. Entonces, el bautismo no se administraba sino en secreto y con peligro del sacerdote ó del lego que *en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, esparcía el agua santa sobre la cabeza de un niño.

Cuando el recién nacido venia al mundo, no era puesto bajo la proteccion de Dios, ni bajo el patrocinio de los santos. En estos dias nefastos, la *puerta de la Iglesia* no era por donde se entraba á la vida: era la *puerta de la alcaldía*; aquella que por mas de cincuenta años se habia llamado la *casa de ayuntamiento*. Allí, en un solo despacho *adornado del busto de Marat*, un alcalde (*maire*) ó comisario, inscribia sobre el *registro de nacimientos*, el nombre de familia, y el de pila del ciudadano, ó de la ciudadana que acababa de nacer. En otro tiempo el catolicismo habia colocado á Dios en los dos extremos de nuestra vida; la religion nos recibia en nuestro primero y en nuestro último dia, y siempre en el nombre de la Santísima Trinidad: el filosofismo revolucionario todo lo habia cambiado, y tanto al principio como al fin de nuestra existencia, habia apostado un alcalde ó un comisario, dignos representantes de la nada.

Cuando se llevaba un niño á la *municipalidad*, el *alcalde*, ó su adjunto *oficiando*, daban una mirada al calendario para saber cómo se llamaba el dia en que se le presentaba un *ciudadano acabado de nacer*: en seguida le daba el nombre de *legumbre* que designaba el número que le tocaba en el mes. Satisfecha esta solemnidad republicana, este absurdo cívico, el ni-

no era llevado al alojamiento de la familia, llamándolo, no como los bienaventurados del paraíso, sino como uno de los vegetales del jardín de su padre: ¡col ó zanahoria, alcachofa ó nabo!!!

¡Esto era, pues, lo que la impiedad, despues de sus largas vigiliás y profundos trabajos, habia encontrado mejor para sustituir al uso antiguo de la Iglesia....!

¿No veís, pues, en **ESTA ESTUPIDEZ**, que permanece como una mancha indestructible en las páginas de nuestra historia, un verdadero castigo aplicado á nuestro orgullo? Hacia mas de un siglo, deciamos, repetiamos, escribiamos, publicábamos que éramos el primer pueblo del mundo, que las otras naciones estaban todavía envueltas en las sombras de la ignorancia, y que era de la Francia de donde debia reflejar la luz y la regeneracion del mundo. Esta soberbia merecia ser castigada: lo ha sido, y esas naciones que nosotros mirábamos como semibárbaras en cuanto á locuras y absurdos, no tienen nada comparable á ese calendario de 1793, con que los filósofos y pensadores de hoy pretendian que debia olvidarse el del gran papa Gregorio.

Nuestros padres habian pensado, que nada se guardaba tan bien como lo que Dios guardaba: así se ponía todo cerca de los altares, y en la sacristía de cada parroquia estaba conservado y depositado el libro de nacimientos y de entierros. Libro solemne, que estaba allí; libro donde se consignaban las alegrías y dolores de cada Iglesia. Sus alegrías son, el nacimiento espiritual de sus hijos, su establecimiento en la sociedad cristiana por la cristiana union que ella habia bendecido; sus dolores son, las muertes de aquellos que ha visto crecer bajo su guarda, á quienes ha amado con un amor maternal, y que son llamados á confundirse con las generaciones que ya no existen, como las aguas de un rio entre las del abismo del mar. Sobre estos anales, el orden de los tiempos es el solo indicado: el mismo sentimiento parece haber guiado la mano que escribió el nacimiento y la muerte: es, porque la Iglesia es tan reposada en sus alegrías como en sus dolores. Su alegría se apoya sobre la razon; su dolor no es jamas sin esperanza.

Sobre este libro, el rango, la fortuna, no tienen distincion alguna; en presencia de la Iglesia, como en presencia de Dios, no hay otra cosa que el cristiano; nada mas. La Iglesia reconoce la gerarquía social, la honra, la protege; pero en la distribución de sus dones, no ve mas que hijos, porque su amor no permite preferencias: los grandes de la tierra han comprendido esta leccion de igualdad, desde que han seguido los preceptos de Jesus Crucificado.

Un dia, el gran delfin, padre del rey mártir, queriendo dar á sus hijos

una instruccion digna de un descendiente de Luis IX (que apetecia firmar los actos mas importantes de Luis de Poissy en recuerdo de su bautismo), hizo traer al cuarto de estudio de los jóvenes príncipes, el registro de nacimientos de la parroquia en que habian sido bautizados: ved, pues, les dijo; vuestros nombres están precedidos y seguidos de una larga lista de nombres oscuros: os encontrais aquí confundidos con un tropel de diversos hombres, cristianos como vosotros; esos son vuestros hermanos; recordadlo siempre. El **TITULO DE CRISTIANO** es el mas grande que vosotros teneis.

En las almas tiernas y piadosas, el amor de Dios se convierte en una pasion; pasion tanto mas enérgica, cuanto que está en contradiccion con todas las otras, y que para subsistir tiene que devorarlas. Como todas las grandes afecciones, tiene siempre algo de seria y triste; y nos lleva á la sombra de los claustros y sobre las montañas. La belleza que el cristiano adora, no es una belleza perecedera, es una belleza eterna por la cual querian los discípulos de Platon abandonar la tierra. No se muestra á sus amantes acá abajo, sino cubierta de un velo; se envuelve entre los pliegues del universo como dentro de un manto, porque si una sola de sus miradas cayese sobre el corazon del hombre, no podria sostenerla, y se desmoronaria de delicias (1).

¿Cuántos mártires no ha hecho esta verdadera pasion cristiana? ¿qué soledad no ha podido comprender los suspiros de estos rivales, que se disputaban entre sí el objeto de las adoraciones de los serafines y de los ángeles? Hé aquí un Antonio, que eleva un altar en medio del desierto y que por cuarenta años se inmola, desconocido de los hombres; allá está un San Gerónimo, que abandona á Roma, atraviesa los mares, y va, como Elias, "á buscar un retiro á orillas del Jordan."

Massillon, pintando el amor que hace tales milagros, escribe:

"Solo el Señor (2) le parece bueno, verdadero, constante en sus promesas, amable en sus contemplaciones, magnífico en sus dones, real en su ternura, indulgente en su misma cólera; solo bastante grande para llenar toda la inmensidad de nuestro corazon; solo bastante poderoso para satisfacer todos los deseos; solo bastante generoso para endulzar todas las penas; solo inmortal, y que se amará siempre; en fin, el único, que no se arrepiente jamas de haber amado muy tarde.

La religion sola puede elevar al último grado de entusiasmo, porque

(1) Genio del Cristianismo.

(2) El juéves de la pasion. La pecadora.